

En medio de aquella región, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas; se destacaba una imágen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecía.

Refugio tenía en aquel mundo más amor, más caricias, más consuelos; Refugio se le aparecía enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensación.

.....
Así se durmió Chucho.



CAPÍTULO IX.

Un negocio grave en la casa de Don Pedro María.

EL 25 de Setiembre la casa de Don Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24.

El placer había dejado su huella por todas partes, y reinaba el desorden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desorden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia había marchitado las rosas juveniles; Mercedes y Angelita estaban desveladas, habían reñido con él

tocador y con la luz y fluctuaban entre la desazón de la velada y los mil recuerdos dulces de la pasada fiesta.

Doña Rosario se había manifestado displicente y tanto Mercedes como Angelita contemplaban con sobresalto que por aquel lado había una nubecilla en el horizonte que presagiaba tempestades.

En cuanto á D. Pedro María, estuvo como siempre; pero á solas con su muger y ya recojido el matrimonio, hubo un diálogo íntimo que habiendo llegado hasta nosotros por fidedigno conducto, lo transmitimos hoy á nuestros lectores.

Don Pedro María rezó todas sus devociones que eran largas, y doña Rosario por su parte, aunque fingía hacer lo mismo, en realidad pensaba en algo que la preocupaba más que los Padres nuestros de todas las noches.

Al fin llegó el matrimonio al momento en que se daba las buenas noches para apagar la vela.

Doña Rosario, en vez de apagar la vela, tomó la palabra.

—Es necesario, le dijo á D. Pedro que pensemos muy sériamente en una cosa.

—¡Ave María Purísima! ¿En qué cosa, muger?

—No te alarmes, y si yo me anticipo es porque ya sabes que á mí nada se me va y porque siempre es bueno estar prevenidos para lo que pueda suceder.

—¡Pero de qué se trata! exclamó D. Pedro María sobresaltado ¿que ha sucedido?

—Nada.... es que yo he notado lo de Merced.

—¡Lo de Merced! pero ¿qué ha hecho Merced?

—Ten calma; no ha hecho nada, pero..... lo de Cárlos..... porque en fin, yo creo que se quieren.

—Acabarás, mujer; si eso es todo ya veremos; estaremos á la mira, y si el muchacho viene con buenas miras.

—Sí, en cuanto á miras yo creo que las tiene buenas; él es un caballero, y yo ya tengo mis informes; además, Cárlos no es un millonario, pero en fin, tiene por su familia algo, y por ese lado la muchacha no iría mal.

—Pues bien, si ya has adelantado todo eso, debemos darnos de santos con que el primer novio de la muchacha preste garantías.

—Pero hay una cosa.

—¿Qué hay?

—Que me parece que no vamos conformes en ideas.

—¿Cómo!

—Quiero decir, Cárlos es muy buena persona.

—¿Entónces?

—Es un poco libre.

—¡Vamos, vamos, mujer! explícate ¿en que te fundas?

—Pues oye, he escuchado una conversación que no me ha gustado. Hablaba Cárlos con el Licenciado y ninguno de los dos se fijó en que yo estaba inmediata.

—Bueno ¿y qué?

—Que Cárlos habló mal del clero.

—¡Hola, hola! ¿pero estás cierta?

—Ya sabes que tengo buen oído y por todo lo que pude notar, Cárlos tiene ideas que no me gustan.

—Te habrá parecido.

—No, y no; que bien sé lo que digo; le oí decir clarito que es *demócrata*.

—¿Oiga?

—*Demócrata* ¿está bien dicho?

—Sí.

—Y en saliendo de la iglesia, le hablo y así, ni como ocultarme nada, me espeta la verdad monda y lironda.

—Me parece todo muy bien pensado, y que Dios te ilumine.

—No tengas cuidado.

—Pues mira lo que son las cosas, al principio me pareció que me ibas á hablar de Angelita.

—Ese es otro asunto, pero acerca de eso estoy más tranquila; porque lo que es Gonzalez se confiesa con el padre Espinosa y no hay cuidado.

—¿Supongo que también estarás en observacion?

—Por supuesto.

—¡Cómo ha de ser! ya las muchachas empiezan á prepararnos pesadumbres de otro género. ¿Y Pablito?

—Pablito es un buen muchacho.

—Pero esas ideas tan tristes.....

—Á pesar de eso viene temprano

á casa y hasta ahora no le he notado inquietud particular.

—Á poco rato de esta conversacion, el matrimonio se santiguó de nuevo y se durmió.

Al día siguiente Perez recibió un recado de doña Rosario y acudió á la cita sin tardanza.

Como el asunto de que se iba á tratar no debían enterarse ni remotamente las muchachas, la cita que doña Rosario le dió á Perez fué para la iglesia de la Merced en la misa de ocho.

Perez concurrió y doña Rosario llamando á Perez hácia un lugar apartado del atrio, le manifestó su plan, le encareció la necesidad que había de obrar con suma cordura y circunspección, y quedaron convenidos en que desde ese momento Perez sería, no solo la policía de Carlos, sino su explorador en la parte moral.

Dado este primer paso, doña Rosario pasó á inquirir la disposición de ánimo de Mercedes y después de prepararla por el método, que según doña Rosario le parecía infalible, entró en materia.

—Vas á decirme la verdad en todo lo que te pregunte, le dijo; recuerda que acabas de comulgar y que sería una cosa indigna de tí y muy ajena de una buena hija y de una buena cristiana engañarme en un día de pureza y de santidad; con que vamos á ver; tú amas á Carlos.

Merced quedó silenciosa.

—No me lo niegues, porque ya sabes que á mí no se me va nada por alto. Responde.

—Sí señora, no lo puedo negar.

—Y antes de entregarle tu corazón ¿no te has puesto á pensar si se será un hombre que te conviene? porque ya

sabes que las apariencias engañan y no sería extraño que fueras saliendo con que el señor don Carlos es un libertino.

—Pérmítame usted decirle, dijo Merced toda turbada, que hasta ahora nada hay que valga la pena de contarse. Carlos, es cierto, me trata con predilección y con cariño, pero no me ha hablado de amor.

—Pero tú lo quieres.

—Le profeso cariño y gratitud porque él se hace acreedor á ello con su conducta.

—Pues estos son asuntos muy delicados y es necesario no obrar con ligereza.

—Estoy dispuesta á obedecer á usted en todo.

—Bueno: empezamos porque no verás á Carlos sino cuando á mi me parezca conveniente, y eso después que yo tome mis informes.

Doña Rosario quedó muy satisfecha de sus procedimientos, y ufana de sus triunfos, le comunicó sus impresiones á D. Pedro María.

En cuanto á Merced, sintió por medio de esa intuición delicada de las mugeres el presentimiento de futuras disensiones y contrariedades.

Su amor acababa de recibir el impulso secreto de la dificultad, que es el agente más eficaz de los amores, y Merced se enteró de que amaba á Carlos más de lo que ella misma pensaba.

Á doña Rosario le pareció que era preciso no omitir medio alguno para aclarar aquella importante cuestión que la preocupaba incesantemente. Comenzó por contarle sus impresiones y comunicarle el asunto á varias de sus amigas de confianza, pero de una manera reservada y confidencial.

Las amigas de doña Rosario, hicie-

ron á su vez la misma confidencia á sus amigas, reencargando el secreto, y de boca en boca y de vieja en vieja, este asunto llegó á tener toda la popularidad de un secreto femenil.

En cuanto á Perez, debemos decir que la consigna de doña Rosario tenia para él más importancia de lo que parecía á primera vista.

Perez era un arbitrista completo y acabado y profesaba la útil teoría de no hacer ascos á gaje, propina, arbitrio, ó trabajo de ningún género.

Perez se preciaba de saber ganar su vida por medio de mil arbitrios desconocidos de muchos.

Efectivamente, según el mismo Perez decía, no daba paso sin linterna y en un solo día sabía ser testigo en dos ó tres juzgados, redactar una solicitud para una viuda, empeñar un prenda, conseguir dinero á premio, ajustar un

entierro, hacer una correduría y llevar diez recados.

Perez pesó una á una las palabras de doña Rosario y desde luego calculó que había mejorado su posición, pues poseía un secreto explotable.

—Don Pedro María, pensó, es hombre influente con los padres y bien podría conseguir una capellanía vacante. ¿Y para qué quiero capellanía? ¡ah! ya caigo, para Chucho el hijo de Elena, y ya que á ésta no la puedo obsequiar debidamente por lo precario de mi situación, la podré ofrecer la capellanía. En cuanto á Carlos, tiene demasiados asuntos como hombre rico, y en haciéndome necesario habrá algo que esperar.

Yo hago todo esto, continuaba, porque es preciso ante todo no dormirse y arbitrar recursos por cuantos caminos se presenten.

Todo esto lo pensaba Perez en camino para la casa de Carlos.

—Pero soy un cándido, dijo parándose de repente. Con que pretexto me presento? entrar hablando del asunto es una torpeza, hacerle una primera visita sin motivo... ¡ya está aquí! exclamó gozoso—adelante.

Entre los negocios que Perez tenía pendientes ese día, contaba con el encargo que le habían hecho de vender una purera.

—¿Señor D. Carlos?

—¿Qué hay, Perez?

—¿Cómo le fué á usted de desvelada? ¿no ha habido novedad notable?

—No, ninguna; gracias.

Hubo una ligera pausa.

—Siéntese usted, dijo Carlos.

—Gracias, señor D. Carlos, tengo mucho que hacer, contestó Perez sentándose y luego continuó:—Vine á

traerle á usted... ah! se me olvidaba... parece que *por allá* sí ha habido alguna novedad.

—¿Por allá? repitió Cárlos, ¿por la casa de D. Pedro María?

—Exactamente: parece que Merceditas estaba algo indispuesta.

—¿Es posible?

—Sí, pero nada de cuidado. Con que... me voy... solo vine á traer á usted su purera que dejó olvidada.

—¡Mi purera! yo no fumo puro.

—¿No es de usted esta purera? preguntó sacando del bolsillo la purera que le habían dado á vender.

—No, no es mía.

—¡Ha visto usted cosa más rara! ¿con que no es de usted? Pues lo que es yo lo hubiera jurado, tal creí haberla visto anoche en las manos de usted.

—Pues no es mía.

—De quién será? ¿de quién será? ¿Usted no se figura?

—Absolutamente.

—Estoy en que Merceditas me dijo que era de usted; pobre Merceditas!

—¿Por qué dice usted eso?

—No, nada; por nada, sino que como la familia... ya sabe usted lo que son las señoras, especialmente cuando son tan timoratas como doña Rosario.

—Y bien, ¿qué sucede?

—No, nada; es que yo no quiero andar trayendo y llevando, porque no me gusta meterme en estas cosas, por que una cosa es que uno oiga y sepa lo que pasa y otra es andar diciendo lo que uno no sabe si convendrá decir ó nó.

—Pero por fin ¿de qué se trata?

—Señor D. Cárlos; no haga usted caso; yo digo esto porque vino al caso pero por lo demás no me meto, y usted me dispensará. Tiene usted la bondad de decirme ¿qué hora es? porque

tengo una cita, para ver si me dan una colocación; porque ya ve usted, señor D. Carlos que malas están las cosas, y que para cada destino hay diez pretendientes y se vive con un trabajo, que solo Dios sabe. Con que ¿qué horas son?

—Las diez van á dar.

—¿Me permite usted?

—Pero es, que yo desearía saber.

—Le pido á usted mil perdones pero la cita era entre nueve y diez, y temo llegar demasiado tarde; ya sabe usted que cuando uno solicita es necesario andar muy listo.

—Pero... en fin ¿volverá usted?

—Si usted lo quiere así, señor Don Carlos estoy para servirlo.

—Bueno, espero á usted.

—¿A qué hora?

—En la tarde ¿le será á usted posible?

—En la tarde, en la tarde, murmuraba Perez hablando consigo mismo.... Permítame usted.... á la tarde.... á la una, á las dos, á las.... Entre cuatro y cinco estaré aquí.

—Está bien; esperaré á esas horas.

—Porque... en fin... si usted tiene interés en saber ciertas cosas, y en esto puedo prestarle un pequeño servicio... yo tendré mucho gusto. Ya sabe usted que en la casa de D. Pedro María tienen la bondad de considerarme, y yo se lo agradezco, eso es otra cosa, porque en fin, yo nada valgo... Pero la señora para todo cuenta conmigo, y el señor D. Pedro María (tan bueno) no hace nada sin contar con Perez. ¿Qué se trata de baile? que venga Perez; ¿que se trata de día de campo? que venga Perez; y Perez para cobrar, y Perez para esto y Perez para lo otro y lo de más allá; y yo á todo, señor

D. Cárlos y firme como el Santo Dios. ¿Con que entre cuatro y cinco, no, señor D. Carlitos? aquí me tendrá usted, y en todo lo que le pueda servir...

—Gracias, Perez..

—Con que adios, adios, hasta la tarde.

—Adios, nos veremos.

—Sí, por supuesto, entre cuatro y cinco. muy bien. Con que... voy á preguntar de quién es la purera.

Perez salió de la casa de Cárlos lleno de ilusiones. Cárlos pensó que sería conveniente tener á Perez de su parte.

Lo mismo se había quedado pensando doña Rosario cuando se separó de Perez, porque creía tener en él un agente activo, eficaz y muy á propósito para sus planes.

Merced sobresaltada con lo que su mamá le había dicho, pensó en que

era preciso tener alguna persona de su parte y por medio de la cual se pusiera en conocimiento con Cárlos, y esa persona debía ser Perez.

D. Pedro María, al día siguiente de la conferencia nocturna, se levantó diciendo para sí:

—Después de todo, ese Perez es buen hombre y es necesario seguir contando con él para todo, es tan servicial y tan honradote!...

Hasta Elena había pensado tambien despues del baile, que Perez no tenía precio.

—¿Qué haría yo sin Perez? decía de cuántas apuraciones me ha sacado Perez! Ya no me va pareciendo tan feo. Y lo que es las boleras las baila bien pero ya se vé, si todo lo hace bien Perez.

He aquí de que manera Perez era en todas partes el hombre de la situación.